

ACERCA DE «LA DESHEREDADA», DE BENITO PEREZ GALDOS

F. García Sarriá

Algunos de los críticos que han dedicado estudios a esta novela se han hallado ante la dificultad de tratar de conciliar el mayor o menor naturalismo de la misma con el obvio moralismo que la acompaña.

Por nuestra parte, vamos a tratar de encontrar el criterio unitario que creemos sirve de elemento integrador y que está en la base de este moralismo. Con este fin vamos a fijarnos en la motivación básica de la conducta de Isidora, tal como se revela con toda su intensidad en las dos crisis por las que pasa, y en la relación entre el estudio de su carácter y el sentido que hay que dar a la locura de los Rufete.

En las dos crisis vemos manifestarse el orgullo de Isidora hasta el punto de llegar a la soberbia. Los actos que siguen nacen de una rebeldía, consecuencia del orgullo contrariado. La primera crisis se halla en el capítulo XVI, y el comentario directo del autor es bien explícito: «su orgullo (de Isidora) contrariado se hizo brutal soberbia» (221)¹. La consecuencia es el acto que sigue en el capítulo XVII, sin que haya discontinuidad temporal de la acción. La decisión de entregarse a Pez es resultado de la contrariedad que sufre Isidora ante la negativa de la marquesa. Isidora pensará luego que la culpa de aquel «mal paso» con Pez la tiene la que todavía considera su familia: «si me hubiera acogido con amor no habría dado yo un mal paso... Mi familia tiene la culpa» (269-70). Este es su punto de vista, erróneo, sin duda, y que no coincide con el de Galdós; pero en lo que lleva razón es en establecer una relación de causa a efecto entre la negativa de la marquesa y el comienzo de su degradación moral. La crisis de la segunda parte explica el fin de Isidora y no es más que el desarrollo llevado a su extremo de la crisis de la primera parte. En un caso Galdós habla de «suicidio», en el otro de «muerte». Sin embargo, esta crisis añade un factor importante. Isidora se ve obligada a reconocer los hechos;

ella no es descendiente de los Aransis. Pero su reacción, el irse a vivir con el *Gaitica*, primero, y la entrega a la prostitución, posterior, obedece a un mecanicismo semejante al que hemos visto ocurrir en la primera parte. De nuevo se trata del orgullo contrariado y de la rebeldía que sigue por no querer aceptar el estado que le corresponde. J. F. Montesinos, al comentar esta segunda crisis, indica que «se trata de una deformación moral producida por el orgullo desmedido, siempre rebelde a cuanto pueda parecer compromiso»². Se puede añadir que Isidora llega en esta segunda crisis al desengaño, pero éste no va seguido del arrepentimiento, sino de la rebeldía. El error mental desaparece, pero el vicio moral persiste.

Este análisis del carácter de Isidora, tal como se manifiesta en forma extrema en las dos crisis comentadas, se halla en plena conformidad con el moralismo claro de *La desheredada*. Pero tal congruencia desaparece si se pone en primer plano el determinismo naturalista. J. F. Montesinos, que tan bien ha analizado el aspecto primordial del orgullo de Isidora, afirma, sin embargo, que «Galdós va trazando aquí (*La desheredada*) su más ortodoxa naturalista: estudio de dos seres, víctimas de la locura paterna ... y del ambiente en que se forman»³. Si así fuera, mal podría admitirse el que Galdós inculpe de sus actos a la protagonista de la novela. En el artículo que R. H. Russell consagra al estudio de esta novela⁴, también aparece la dificultad de conciliar la actitud naturalista con el tipo de moralismo que Galdós manifiesta aquí. Así resulta que, según este crítico, estaría en favor de una interpretación naturalista el hecho de ver incorporada en la propia estructura de la acción la inevitabilidad del destino de Isidora. Pero al mismo tiempo, afirma este mismo crítico, Galdós nos está sugiriendo que Isidora es una joven que eligió mal y no una víctima indefensa de la herencia y el ambiente⁵. Con posterioridad, otro crítico, E. Rodgers, en un artículo muy medido⁶, ha añadido precisiones importantes en cuanto a los factores de la herencia y el medio ambiente. Aunque el segundo factor es más importante que el primero, según Rodgers, el moralismo sin tapujos de la novela es incompatible con una presentación completamente naturalista de Isidora. Esto nos parece cierto, pero este crítico, al comentar una frase clave de la novela, «era forzoso rendirse a la fatalidad, según Isidora decía, llamando fatalidad a la serie de hechos resultantes de sus propios defectos» (339), dice que «paradójicamente la razón por la cual el destino de Isidora no está presentado desde un punto de vista naturalista es la forma en que Galdós desarrolla la crítica naturalista del romanticismo en la dirección de censurar explícitamente la idea que se hace Isidora de la vida, de modo tal que le imputa a ella la responsabilidad»⁷. Esto sería así suponiendo que la crítica del romanticismo tuviera su origen en la influencia naturalista, pero si, como creemos nosotros, esta actitud crítica provenía del mantenimiento de una actitud moral cristiana tradicional, entonces la paradoja desaparece. La fatalidad es explicación del romántico, el naturalista la sustituye por el determinismo fisiológico y ambiental, el cristiano, aunque admita la importancia de la fisio-

logía y el ambiente, mantiene siempre un elemento irreductible, el de la responsabilidad individual, consecuencia del ejercicio del libre albedrío. Tanto la actitud naturalista como la cristiana se oponen a la fatalidad romántica, pero por diferentes razones. El moralismo obvio de la novela y la crítica del romanticismo son perfectamente compatibles si se adopta una perspectiva cristiana.

Esta perspectiva se halla incorporada a la novela misma, de forma explícita, gracias al personaje llamado Canencia. El primer capítulo tiene importancia en el sentido de que sirve de guía a la línea interpretativa que se dé a la novela. En él asistimos al enlace entre la novela que termina, la de Tomás Rufete, y la novela que empieza, la de Isidora, su hija. Este primer capítulo sirve de introducción a la novela, y es bien significativo el que sea aquí donde aparece Canencia.

Los críticos que mencionan a este personaje suelen hacerlo de pasada. Para J. F. Montesinos, Canencia no es más que un ejemplo de «esos retratos galdosianos centrados en un rasgo», en este caso el de «sorber el aire por entre los dientes»⁸. Para Russell, Canencia es un loco de remate. J. Lowe dedica atención detallada a esta entrevista de Isidora y Canencia, pero su atención está puesta casi exclusivamente en el estudio de las reacciones de Isidora. No obstante, observa con razón que la aseveración de Russell es extremada, ya que Canencia «es capaz de pasar dos o tres años sin el menor asomo de desequilibrio»⁹. A. Ruiz Salvador da más importancia a este personaje al afirmar que: «La moraleja final de *La desheredada* la emite Galdós desde un principio por medio del venerable Canencia de Leganés, ese loco que rezuma verdades»¹⁰. Pero este crítico se ocupa en su artículo del simbolismo y determinismo históricos, aspectos éstos en los que nosotros no entramos. Desde nuestro punto de vista nos interesa destacar que el moralismo de *La desheredada* está en completo acuerdo con la perspectiva cristiana que se halla incorporada explícitamente a la novela por medio de Canencia. Al examinar en pormenor lo que nos dice Galdós de este personaje, no vemos ninguna razón para no ver en él el carácter representativo que le atribuimos. Caracterización física y moral inciden en destacar los aspectos venerables y cristianos del personaje. Pertenecía, nos dice Galdós, al tipo de «funcionario antiguo», «honradísimo personal de nuestra primitiva burocracia», «era de edad provecta», «las corrientes de bondad que afluían a sus ojos», «habría en su mirar tanta compasión, un interés tan puro y tan cristiano», iba «totalmente afeitado como un cura», y lo que dice hace que Isidora lo tenga por sacerdote (23 y ss.). Si sus palabras son «sensatas y filosóficas», su perspicacia es grande, en consonancia con su caracterización. Al oír las quejas de Isidora, Canencia, «con esa rapacidad de pensamiento que distingue a los hombres perspicaces, se apoderó de la idea apenas indicada, y dijo así... usted, señorita ... no ve, no puede ver en el infelicísimo Rufete más que un padre putativo, tal y como el Santo Patriarca San José lo era de Nuestro Señor Jesucristo» (29). Con ello Canencia fija el mal moral de Isidora en su raíz. La equiparación entre Isidora y Cristo se halla en claro

paralelismo con la situación de Isidora, hija de los Rufete y pretendiendo ser de la familia de los Aransis. Esta pretensión es aspiración de Isidora a elevarse a una especie de plano divino, que para ella es a modo de fe cristiana. Isidora, comenta Galdós, «era toda convicción, y la fe de su alto origen resplandecía como la fe del cristiano... lo divino en ella era el orgullo» (220). La divinización del orgullo a que procede significa en el plano humano que quiere imponer su propia voluntad frente a la voluntad divina. La actitud de Isidora es manifestación de lo que la doctrina católica ha llamado tradicionalmente el pecado original. La crisis final de Isidora pone en todo su relieve el carácter voluntario de su rebelión. La entrega a la prostitución no tiene posible explicación naturalista, sino que es acto libre por el que Isidora afirma su voluntad. El dictamen de Canencia autoriza, de forma explícita, esta interpretación.

Por eso el resto de las palabras de Canencia está constituido por la expresión de las verdades cristianas más conocidas: hay que conformarse con la santa voluntad de Dios, existe una segunda vida donde se recompensarán nuestros afanes, etc. Estas son las palabras que Isidora no escucha. No obstante, de acuerdo con el carácter representativo que tiene Canencia, terminará expresando su perdón mediante la repetición de las palabras de Cristo: «¡Oh, Señor! ¡Perdónala, perdónala, porque no sabe lo que se dice!» (31). «Dice» y no «hace», porque hasta ahora no tenemos más que dichos de Isidora. Si Canencia apareciera al final de la novela, podría entonces decir «porque no sabe lo que se hace».

Canencia define la locura de Isidora como mal moral, lejos de toda idea fisiológica naturalista.

Tal actitud explica las consideraciones filosóficas que pone Galdós en el capítulo I acerca de los locos. Estos locos son representativos de la Humanidad misma, aunque en forma exagerada: «Y considerar —escribe Galdós— que aquella triste colonia no representa otra cosa que la exageración o el extremo de nuestras múltiples particularidades morales o intelectuales, que todos, cual más, cual menos, tenemos la inspiración, el estro de los disparates, y en poco que nos descuidemos entramos de lleno en los sombríos dominios de la ciencia alienista. Porque no, no son tan grandes las diferencias. Las ideas de estos desgraciados son nuestras ideas... Estos pobres orates somos nosotros mismos...» (15) Galdós se sirve de los locos para poner literariamente de relieve el mal que quiere exponer, dando así una dimensión universal a la locura de los Rufete. En este sentido el manicomio de Leganés carece de límites precisos: «¡Oh, Leganés! Si quisieran representarte en una ciudad teórica, a semejanza de las que antaño trazaban filósofos, santos y estampistas, para expresar un plan moral o religioso, no, no habría arquitectos ni fisiólogos que se atrevieran a marcar con segura mano tus hospitalarias paredes» (16). Esto es tanto como decir que la locura a que se refiere Galdós afecta a la Humanidad entera.

En conclusión, el análisis de la motivación básica que impulsa a Isidora y el sentido de la locura de los Rufete pueden encontrar un elemento integrador

desde la perspectiva del pensamiento cristiano tradicional. Esta perspectiva se halla explícitamente contenida al principio de la novela gracias a la presencia del personaje llamado Canencia.

NOTAS

¹ Todas las citas de la novela están tomadas de la edición de *La desheredada* hecha por Alianza Editorial, Madrid, 1967. El número de la página va indicado entre paréntesis.

² *Galdós*, II, p. 9, Madrid, 1969.

³ *Ibid.*, p. 13.

⁴ «The structure of *La desheredada*», *MLM*, 76, 1961, pp. 794-800.

⁵ Galdós «is suggesting that Isidora was a girl who made the wrong choices, and not a helpless victim of heredity and environment». *Ibid.*

⁶ «Galdós *La desheredada* and Naturalism», *BHS*, XLV, 1968, pp. 285-298.

⁷ «Paradoxically, what prevents Isidora's fate from being presented from a naturalistic point of view is the way in which Galdós develops the naturalistic critique of Romanticism in the direction of explicitly censuring Isidora's view of life in a way which imputes responsibility to her.» *Ibid.*

⁸ *Op. cit.*, p. 15.

⁹ «Canencia who is capable of going for two or three years without any display of lunacy», J. LOWE, «Galdós' Skill en *La desheredada*», *Iberoromania*, II, 1971, pp. 142-151.

¹⁰ «La función del trasfondo histórico en *La desheredada*.», A. RUIZ SALVADOR, *AG*, I, 1966, páginas 53-62.